

responsable, no sólo ante nuestros contemporáneos, sino también ante las generaciones venideras. Sí, la posteridad vendrá á colocarse entre vos y yo, por más indigno que me considere por mi parte de ese honor. Ella dirá: En la Asamblea constituyente compareció un hombre inaccesible á todas las pasiones, uno de los defensores más grandes del pueblo. Era preciso estimar y amar en él sus virtudes; era también preciso admirar su valor; era adorado por el pueblo, á quien había servido constantemente, y lo que vale mucho más es que era digno de semejante adoración. Abrióse de repente un precipicio. Distruido aquel hombre por las muchas cosas á que tenía que atender, creyó ver el peligro en donde no le había, y no le vió en donde existía en realidad. Había allí otro hombre oscuro, pero cuya atención no estaba fija sino en el momento presente; ilustrado este hombre por otros ciudadanos, descubrió aquel peligro y no pudo decidirse á permanecer silencioso. Entonces se dirigió á Robespierre y quiso hacérselo tocar con el dedo. Robespierre volvió la cabeza á otro lado, y retiró su mano. El desconocido persistió y salvó el país...»

Sonrióse Robespierre con el desden de la incredulidad al oír estas palabras. Las súplicas de Louvet y los conjuros de las tribunas no le dejaron tomar la iniciativa en la sesión del día siguiente. Brissot volvió á entablar la cuestión de la guerra. «Suplico al señor Robespierre — dijo al concluir — que termine una lucha tan escandalosa y de la que nadie saca ventajas sino los enemigos del bien público.» «Grande ha sido mi sorpresa — exclamó Robespierre — al ver esta mañana en el periódico redactado por el señor Brissot un pomposo elogio del señor de Lafayette.» «Declaro solemnemente — contestó Brissot — que no tengo ningún conocimiento de la carta inserta en *El Patriota Frances*.» «Tanto mejor, — repuso Robespierre; — me encanta ver que el señor Brissot no es cómplice de semejantes apologías.» Las palabras se iban envenenando á medida que se envenenaban los corazones. El anciano Dusaulx medió en esta contienda, apelando á la concordia que debía reinar entre patriotas y conjurándoles á que se abrazasen. Así lo hicieron. «Acabo de cumplir un deber fraternal que ha satisfecho mi corazón, — exclamó entonces Robespierre. — Todavía me queda otra deuda más sagrada que satisfacer á la patria. Todo afecto personal debe ceder ante los intereses sagrados de la libertad y de la humanidad. Yo podré fácilmente conciliarlos aquí con las consideraciones que he prometido tener á todos los que los sirven. He abrazado al señor Brissot, pero persisto en combatirlo. ¡Que nuestra paz no repose sobre otra base que la del patriotismo y la virtud!» El aislamiento mismo de Robespierre probaba su fuerza é influía cada día más sobre los espíritus indecisos. Los periódicos empezaban ya á ablandarse en su favor. Marat atacaba á Brissot con sus invectivas. Camilo Desmoulins, en unos pasquines improvisados, descubrió la vergonzosa asociación de Brissot y Morande, el deshonorado libelista de Londres. El mismo Danton, adorador ciego de la fortuna, temiendo engañarse, estaba vacilante entre los girondinos y Robespierre. Estuvo callado mucho tiempo; al fin pronunció un discurso lleno de voces sonoras, pero en el cual se conocía bajo el énfasis de las palabras la vacilación de las convicciones y el embarazo en que se hallaba su espíritu.

## LIBRO DIEZ.

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan la marcha de los sucesos.— Proyecto de mensaje presentado por Vergniaud.—El rey se niega á sancionar los decretos contra los sacerdotes y los emigrados.—La guerra civil se va preparando en la Vendée.—Rómese en el Mediodía.—Asesinato de Lescuyer en Aviñon.—Jourdan llega al condado.—Asesinatos de Aviñon.—La Asamblea decreta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos hacen que sean amnistiados.—Santo Domingo.—Reacción de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa común con los negros.—Insurrección.—El mulato Ogé, jefe de la insurrección, es sentenciado á muerte y ejecutado.—Sublevación general.—Degüello de los blancos.—Aumentanse en Francia los desórdenes interiores.—Síntomas de una guerra religiosa.—Alborotos de Caen.—El abate Fauchet.—Su retrato.—Su vida.—Reacción realista en Mende.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes en las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateauvieux.

### I

En tanto que pasaban estas cosas en los Jacobinos, los periódicos, ecos permanentes de los clubs, sembraban por todas partes en el pueblo las mismas ansiedades y la misma indecisión. La diplomacia sorda del gabinete de las Tullerías y la del emperador Leopoldo trataban en vano de dilatar el desenlace de esta crisis, é iban á quedar burladas por la impaciencia de los girondinos y por la muerte del emperador. Este príncipe filósofo iba á descender al sepulcro, llevándose consigo todos los deseos de conciliación y todas las esperanzas de paz. El solo contenía á toda, Alemania. Mr. de Narbona burlaba con demostraciones públicas las negociaciones secretas de su colega Mr. de Lessart, para contemporizar y para hacer que todas las disensiones entre Francia y el resto de Europa se terminasen en un congreso.

El comité diplomático de la Asamblea, impulsado por Narbona y lleno de girondinos, proponía ya resoluciones decisivas. Este comité, establecido por la Asamblea constituyente y dominado por el elevado pensamiento de Mirabeau, interpe-laba á los ministros sobre todas las relaciones exteriores. Corrido así el velo de la diplomacia, rotas las negociaciones y siendo imposibles las transacciones y las combinaciones, los gabinetes europeos eran citados continuamente en la tribuna francesa. Los girondinos, principales agitadores de aquel comité en la época de que tratamos, no tenían ni las luces ni la reserva necesarias para manejar sin romper los hilos de una diplomacia complicada. Un discurso era para ellos de más estima que una negociación. Poco les importaba el ruido que podía hacer su palabra en los gabinetes extranjeros, con tal que sonase bien en el salón de sesiones y en las tribunas. Por otra parte, querían la guerra, y se hallaban hombres de Estado con sólo romper de un golpe la paz de Europa. Extraños á la política, se reputaban hábiles porque no tenían escrúpulos. Afectando la indiferencia de Maquiavelo, ellos se figuraban tener ya su profundidad.

Una comunicacion del emperador Leopoldo, de fecha 21 de Diciembre, dió pretexto para una explosion en la Asamblea. «Los soberanos reunidos de comun acuerdo—decia el emperador—para mantener la tranquilidad pública y para sostener el honor y la seguridad de las coronas...» Estas últimas palabras conmueven todos los espíritus, y ya no se trata sino de descifrar su verdadero sentido. ¿Cómo es—dicen—que el emperador, cuñado y aliado de Luis XVI, le habla ahora por primera vez de este concierto formado entre los soberanos? ¿Y contra quién puede ser esto, á no ser contra la revolucion? ¿Cómo los ministros y los embajadores de la revolucion habian ignorado hasta ahora que existiese? Si lo habian sabido, ¿por qué se lo habian ocultado á la nacion? ¿Luego habia una doble diplomacia que trabajaba en contra de la otra? ¿Luego el comité austriaco no era un sueño de los facciosos? ¿Luego habia en la diplomacia oficial impericia ó traicion, ó quizá ambas cosas á la vez? Hablábase del congreso proyectado, y los miembros de la Asamblea se preguntaban si era posible que fuese otro su objeto que el de imponer modificaciones á la Constitucion francesa. Aquellos hombres se indignaban con sólo pensar que hubiese que suprimir ni una sola letra de la Constitucion para acceder á las exigencias de la Europa monárquica.

En medio de esta agitacion de los espíritus fué cuando Gensonné, individuo del comité diplomático, presentó en nombre de aquél un informe sobre el estado de nuestras relaciones con el emperador. Gensonné, Guadet y Vergniaud, compatriotas y amigos, fueron nombrados diputados en un mismo dia, y luégo formaron aquel triunvirato de talento, de opinion y de elocuencia que despues se llamó la Gironda. Una dialéctica obstinada y una ironía áspera y mordaz eran los dos caracteres distintivos del talento de Gensonné. Sus pasiones revolucionarias eran fuertes, pero razonadas.

Antes de entrar en la Asamblea habia ido comisionado en union de aquel Dumouriez, que luégo se hizo tan célebre, á estudiar el espíritu de las poblaciones de los departamentos del Oeste, para ver qué medidas podrian adoptarse para la pacificacion de aquellas comarcas, agitadas por las contiendas religiosas. Su informe, luminoso y digno, propendia á la tolerancia y á la libertad, esos dos grandes tópicos de las conciencias. Ahora se hallaba decidido, como todos los girondinos, á llevar la revolucion hasta su forma extrema y definitiva: la república. Sin embargo, no estaba impaciente por derribar el trono constitucional, con tal que el gobierno estuviese en manos de su partido.

Ligado por amistad al ministro Narbona, sus detractores le han acusado de haberse vendido á él. No hay motivo ninguno que legitime semejante sospecha. Si el alma de los girondinos no estaba exenta de ambiciones y de intrigas, sus manos fueron siempre puras y la corrupcion no tuvo entrada en su corazon. Gensonné, en su informe en nombre de la comision, se proponia á sí mismo dos cuestiones. Primera: ¿cuál era nuestra situacion política con respecto al emperador? Segunda: ¿su último oficio debia ser mirado como una hostilidad? Y en tal caso, ¿es preciso acelerar, atacándole, el instante de un rompimiento inevitable?

«Nuestra situacion respecto al emperador—se respondia—es el interes frances sacrificado á la casa de Austria, nuestro dinero y nuestra sangre prodigados por ella, y nuestras alianzas interrumpidas. ¿Y qué pruebas de correspondencia se nos han dado? Voy á deciroslo: nuestra revolucion ha sido insultada, nuestra escara-



GENSONNÉ.

pela profanada, las reuniones de emigrados han hallado proteccion en todos los Estados dependientes del imperio, y finalmente, segun confiesa el mismo emperador, está de acuerdo con otras potencias para venir contra nosotros. Cuando desde el seno del Luxemburgo nos amenazan nuestros príncipes con una invasion inminente, jactándose de que están apoyados por las potencias, el Austria calla y sanciona con su silencio las amenazas de nuestros enémos. Ciertamente es que de cuándo en cuándo afecta condenar las manifestaciones que son hostiles á Francia; pero estas reconvenções convenidas no son sino una hipocresía de paz. La escarapela blanca y el uniforme contrarrevolucionario se llevan sin ningun rebozo en los Estados austriacos, y en tanto nuestros colores nacionales no están permitidos allí. Cuando el rey ha amenazado al elector de Tréveris diciendo que iria á dispersar aquellas reuniones que nos amenazaban, el emperador ha mandado al general Bender que fuese á socorrer al elector. Aún es esto poco: en la conferencia de Pilnitz, el emperador declara, en union del rey de Prusia, que ambas potencias se entenderán con las demas cortes de Europa tocante á los negocios de Francia, y que en caso de guerra se auxiliarán recíprocamente. Así queda demostrado que el emperador ha violado el tratado de 1756, contratando alianzas sin saberlo Francia. Queda tambien demostrado que él mismo se ha constituido en centro y motor principal de un sistema antifrances. ¿Cuál puede ser su objeto, como no sea intimidarnos y dominarnos para atraernos insensiblemente á un congreso en el que se nos obligue á admitir modificaciones vergonzosas en las nuevas instituciones que nos hemos dado? Quizá esta idea habrá nacido en el seno de Francia, quizá algunas inteligencias secretas hacen esperar al emperador que no se alterará la paz bajo semejantes condiciones. Se engaña: el momento en que el fuego de la libertad abrasa los corazones de veinticuatro millones de almas no es el más á propósito para que los franceses consientan en una capitulacion, á la cual preferirian la muerte. Nuestra situacion es tal que la guerra, que en tiempos normales es uno de los azotes más terribles de la humanidad, hoy en nuestro país es hasta útil para el bien público. Esta crisis saludable elevará al pueblo á la altura de su destino, le volverá su energía primitiva, restablecerá nuestro crédito y sofocará todo germen de disension intestina. En una situacion análoga, el gran Federico no rompió la liga formada por la corte de Viena sino adelantándose á tomar la iniciativa. Vuestra comision diplomática os propone que acelereis los preparativos de la guerra: un congreso sería vergonzoso; la guerra es necesaria, la opinion pública la provoca, la salvacion pública la ordena.»

El informante concluia pidiendo al emperador explicaciones claras y terminantes, y que en el caso de que estas explicaciones no llegasen ántes del 10 de Febrero, se considerase aquella negativa como una hostilidad.

## II

Apénas acabó su lectura, cuando Guadet, que presidia aquel dia la Asamblea, subió á la tribuna para comentar el informe de su colega y amigo. Guadet, hijo de San Emilion, pueblo de las inmediaciones de Burdeos, era ya un abogado célebre ántes de llegar á la edad en que los hombres suelen adquirir nombradía. Aguardado impacientemente por la tribuna política, llegó en fin á la Asamblea legislativa.